

CONTESTACIÓN
de
DON LUIS ALBERTO SUCRE

Señor Director:

Señores Académicos:

He aceptado con gusto la personería de la Casa, para saludar al doctor Briceño-Iragorry. Tuvo la Academia en consideración al ofrecerle el puesto que ilustró de modo perdurable el doctor Lisandro Alvarado, las ostensibles manifestaciones de ilustración, inteligencia y tacto que esmaltan su corta pero brillante carrera literaria y científica. A pesar de su juventud, es ecuánime el juicio y ponderada la obra del nuevo académico. Entre nosotros ha de ser beneficiosa y largamente fructífera la labor de quien se inicia bajo esos auspicios y tiene la vida por delante, como promesa de opulentas y venideras cosechas.

Al hacer el doctor Briceño-Iragorry el elogio de estilo a su sabio antecesor, traza una ligera reseña de la marcha seguida por los estudios históricos en nuestro país. En ella nos presenta al doctor Alvarado como el primero entre nosotros que aplicara a la historia los modernos métodos de crítica científica, cambiando así el rumbo seguido por Don Juan Vicente González, la más alta cumbre de nuestros historiadores de la vieja escuela romántica, y por el doctor Arístides Rojas, el historiador poeta, que no ciñéndose al documento escrito, buscó sus temas en la tradición y en "sus cacharros", dándole a sus trabajos forma leyendaria para que mejor se grabasen en la mente popular, cumpliendo así con la intención didáctica que se impusiera desde sus primeros escritos. Sin embargo, por inexplicable concatenación de los hechos y las cosas, fue Don Arístides quien despertó en nuestra juventud la afición por la búsqueda de la verdad pasada, en los viejos papeles de los archivos, para analizarlos y someterlos luego a la crítica, cada cual según su criterio personal y la índole de sus estudios y aficiones.

La nueva escuela hace indispensable, según el doctor Briceño-Iragorry, una revisión en nuestra historia, tanto colonial como de la República.

La justificada admiración que siente el doctor Briceño-Iragorry por "aquellos hombres fuertes que habían creado la Colonia" y que tan acertadamente nos señala como la célula original —por la sangre, ideas y sentimientos— de las clases dirigentes que iniciaron la Independencia, hace que entre ellos escoja el tema principal de su discurso.

No mira el doctor Briceño-Iragorry al Conquistador bajo el solo aspecto que lo han visto la mayor parte de nuestros historiadores: el hombre cruel, de insaciable codicia, que no ceja ante ningún crimen por satisfacerla. En el Conquistador encuentra un nuevo tipo humano, mezcla del guerrero monje de las Cruzadas, que combate por la cruz, y del argonauta que se aventura en busca del dragón guardián del famoso vellocino. Nosotros, como Briceño-Iragorry, creemos en la complejidad del Conquistador, pues, él no representa la uniforme acción oficial: en la Conquista no se siguió un plan, porque ella no fue la obra del gobierno español, sino de España misma; a ella acudieron, sin que el gobierno interviniese nada más que para dar su venia, representantes de todas las clases sociales de la España de aquella época, capitaneados por hombres que venían a conquistar a su costa; ya en otros trabajos lo hemos dicho: "Vinieron en esa expedición hombres de espada y de

pluma, de aquellos célebres tercios que dominaban en Flandes y en Italia al par que contenían en Viena la invasión asiática, soldados capaces de todos los heroísmos, así como también, según Cervantes, de cargar la conciencia, tomando lo que se encuentre si la paga no llega; hombres salidos de aquellas universidades que como las de Salamanca y Alcalá, difundían la luz de sus aulas por todo el orbe conocido; representativos de la España que dio capitanes como el Duque de Alba y Don Juan de Austria y poetas, prosadores y filósofos que se llamaron Fray Luis de León, Teresa de Jesús, Lope de Vega y Luis Vives, maestros de aquellas generaciones de insignes escritores que hicieron conocer su siglo como el de oro de la literatura española. Y también vinieron allí representantes de la sombría España de la Inquisición, y de la pintoresca España moruna, la de las nocturnas serenatas y las dueñas complacientes, la de las rejas, los toros y los espadachines fanfarrones; todos unidos por una común ambición de gloria y bienestar".

Este sistema de conquista fundamenta los derechos y justifica las grandes aspiraciones del Conquistador, y más tarde las de sus descendientes, a intervenir directamente en el gobierno de los países ganados y conservados por ellos; intervención que el gobierno de la Metrópoli fue cercenándoles lentamente, lo que nos explica que fueran las clases dirigentes, los descendientes de Conquistadores, los que iniciaran la idea de la Independencia.

De ese heroico desfile, de "los hombres fuertes que crearon la Colonia", elige el doctor Briceño-Iragorry para su estudio de incorporación, el grupo de los que fundaron a Trujillo, su ciudad natal; los persigue sin descanso en los viejos documentos, les arranca sus más íntimos secretos y analiza sus más ocultas acciones para darnos a conocer sus biografías, en las que hace extensos estudios genealógicos de verdadero mérito; y de unos pocos que nos nombran historiadores y cronistas, eleva a ochenta y uno el número de estos creadores de ciudades, que sin su inteligente acucia hubieran permanecido perdidos y olvidados en los anaqueles de los Archivos. Esa labor es digna de todo aplauso. Los estudios genealógicos son un poderoso auxiliar de la historia y piden en su aparente sencillez un criterio sereno, una ilustración extensa y un método de investigación inspirado en la verdad y la justicia, que no se extravíe entre el ramaje del árbol simbólico. Estas cualidades las posee, como dijimos ya, nuestro nuevo colega, a quien me complazco en dar la bienvenida en nombre de la Academia.